Cristo y la Biblia - D. W. Brealey

1. EL TESTIMONIO DE CRISTO DE LAS ESCRITURAS

La actitud del Señor Jesucristo hacia la Biblia es un asunto de primera importancia, porque, dado que Él es nuestro Ejemplo, nuestra actitud debía ser precisamente la Suya.

Es de Confianza en sus Páginas Inspiradas. En apoyo a esto considere algunas de Sus propias declaraciones.

Hacia Dios – "Yo les he dado tu palabra. . . tu palabra es verdad", Jn. 17:14-17. Habiendo terminado Su ministerio en la tierra – parte del cual, y cuyo poder, yacía en darles a Sus oyentes la Palabra de Dios – Él eleva Su corazón en oración a Su Padre con la satisfacción de una misión cumplida, "Yo les he dado tu palabra", y con la certeza de su valor, "tu palabra es verdad". En esto hay confianza.

Hacia el Hombre – "la Escritura no puede ser quebrantada", 10:35. Debemos recordar que la Biblia del Señor Jesucristo era el Antiguo Testamento, descrito en una de sus páginas como "la escritura de verdad", Daniel 10:21 RV1909. Tal confianza tenía Él en "la escritura de verdad" que rotundamente afirma que no puede ser quebrantada. Pero también es bueno recordar que todas las declaraciones de nuestro Señor Jesucristo, necesarias para nuestra iluminación y mucho más que sería revelado por Sus apóstoles, ha sido incorporado en el Nuevo Testamento, y respecto a esto Él dijo, "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán", Mt. 24:35.

Por lo tanto, Su actitud tanto hacia el Antiguo como hacia el Nuevo Testamento fue de extrema confianza; y, por tanto, no debemos estar sorprendidos de su consecuencia lógica.

Su Confirmación de su Confiabilidad. La consecuencia lógica de la confianza de Cristo en la Biblia como la verdad fue que, para Él, los personajes del Antiguo Testamento eran reales, no mitos; sus relatos eran historia, no alegorías; sus leyes eran obligatorias, no opcionales; sus profecías eran confiables, no fantasías; y ella toda era de un valor moral y espiritual profundo.

Él creía en la existencia real de los personajes del Antiguo Testamento. Sus referencias a ellos, y la manera en que se refería a ellos, excluye cualquier otra conclusión, como, por ejemplo: Abel, Noé, Abraham, David, Salomón, la Reina de Sabá, Isaías, etc.; y para dar total seguridad, Él no solo creía que habían vivido alguna vez, sino que viven ahora, Mt. 22:32, citando Ex. 3:6.

Él creía en la exactitud histórica de los registros del Antiguo Testamento. Consideremos dos ejemplos. Él creía en el *diluvio*, "Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre", Mt. 24:38, 39.

Él creía en la historia de Jonás. "Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del gran pez", 12:40 RVA.

Él creía que las leyes de Dios eran obligatorias. "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido", 5:17, 18.

Él creía en el cumplimiento seguro de la profecía. A diferencia de muchos intelectuales de nuestros días, Él no parece haber tenido la más mínima dificultad acerca del libro de Daniel; no intentó desacreditarlo, sino que realmente lo citó para apoyar Sus propias palabras, "Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda)", 24:15. Y en otra ocasión, "Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos", Lc. 24:44.

Puede haber dificultades las cuales de momento no somos capaces de explicar; pero podemos tener gran consuelo de la propia confianza de Cristo en las Escrituras y Su confirmación de ellas; y, sin temor al Libro, esperar tranquilamente el día cuando todas las dificultades serán aclaradas y la Biblia será finalmente vindicada, como el día de hoy, está siendo vindicada, como "la escritura de verdad".

2. EL USO DE CRISTO DE LAS ESCRITURAS

La actitud de Cristo hacia la Biblia es de convicción de su poder vivificador. Inferimos esto de Su costumbre de usar las Escrituras en diferentes circunstancias y para con todo tipo de personas, y de la efectividad de dicho uso. Esto lo hizo con gran habilidad.

Su Habilidad en el uso de la Escritura puede verse:

Al someter al tentador: El enfrentó cada tentación con una cita de las Escrituras, "Escrito está… Escrito está… Escrito está… El diablo entonces le dejó", Mt. 4:4, 7, 10, 11. Fue una respuesta efectiva.

Al salvar a los perdidos. No se puede encontrar ningún ejemplo mejor que en el caso de Nicodemo, donde Cristo se refiere al relato de la serpiente de bronce en Números capítulo 21, "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna", Jn. 3:14-15.

Al silenciar a Sus enemigos. A su necia pregunta sobre la resurrección Él respondió, "Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios… ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos", Mt. 22:29-31, 32, citando Éxodo capítulo 3 versículo 6. De esa manera, "había hecho callar a los saduceos", Mt. 22:34. Y en el mismo capítulo Su uso

magistral del Salmo 110 con respecto al Mesías hizo callar a todos, “Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más”, v. 46.

Al fortalecer y animar a Sus discípulos. Cuando Cristo murió, algunos de Sus discípulos pensaron que eso era el fin de todo; pero al tercer día Él resucitó. A estos discípulos asombrados no se mostró primeramente a Sí mismo de manera tan obvia que pudieran reconocerle de inmediato; más bien les abrió sus ojos hacia Él al abrirles las Escrituras, dándoles, de esta manera, la fuerza y el ánimo que ellos tanto necesitaban, “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían… Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron… Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos, que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente”, Lc. 24:27-34.

Por tanto, se ve claramente con qué habilidad y efecto el Señor usó las Escrituras en diferentes tipos de personas y en circunstancias tan variadas. En sí mismo, es un testimonio de Su convicción del poder vivificador de la Palabra.

El Secreto – Su Conocimiento de las Escrituras. Podemos decir, sin vacilar, que el secreto de la habilidad de Cristo en el uso del Antiguo Testamento era Su Conocimiento de él. Como el Hijo de Dios Él era, por supuesto, omnisciente: no obstante Isaías capítulo 50 versículos 4 y 5 al parecer nos permite adentrarnos en el secreto de Su conocimiento profundo de las Escrituras como el Hijo del Hombre.

Él escucha, “Despertará mi oído para que oiga”, v. 4.

Él aprende, “El Señor DIOS me ha dado lengua de discípulo, para que yo sepa sostener con una palabra al fatigado”, v. 4 LBA.

Él es obediente, “Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás”, v. 5.

El retiro a solas con Dios parece haber sido el secreto de Su conocimiento: el oído abierto; la mente atenta; y el corazón dispuesto. ¡No obstante, Cristo leía mucho! Su lectura de parte de Isaías capítulo 61 en la sinagoga de Nazaret debe haber sido ciertamente impresionante, Lc. 4:18, 19.

¡Su conocimiento desconcertaba a Sus oyentes! “Y se maravillaban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?”, Jn. 7:15. ¡Pero Él había estudiado! Tal vez no en las escuelas, sino en retiro a solas con Dios.

Si queremos compartir Su conocimiento, debemos seguir Su ejemplo y enseñanza, y “escudriñar las Escrituras”, 5:39. Así es como el Señor quisiera que nos acercáramos a Su Palabra, como Él quisiera que la estudiásemos. Y si escudriñamos de esta manera las Escrituras, y escuchamos la voz de Dios, aprenderemos: y si seguimos lo que aprendemos,

podríamos esperar usarlo con habilidad y efecto en nuestra medida, como Cristo lo hizo sin medida.

Todo cristiano necesita este conocimiento: niños en la escuela, jóvenes en la universidad o en los negocios y en el mundo; así como los predicadores y los maestros, necesitan el conocimiento de las Escrituras como su principal resguardo de los errores que abundan, su arma ofensiva y defensiva. Y, mientras aumenta nuestro conocimiento, así aumentará nuestra convicción de que "la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos", He. 4:12.

Por tanto, podemos decir que la segunda actitud del Señor Jesucristo hacia el Antiguo Testamento era de convicción de su poder vivificante. Él la estudiaba, la seguía, la enseñaba, porque estaba convencido de su efectividad, y Su convicción se confirmaba por el uso de ella.

Su Método de Interpretar las Escrituras. En Su interpretación de las Escrituras, el Señor afirmó dos principios básicos:

El principio de aprehensión: Cristo "en todas las Escrituras". Sin un entendimiento de este principio la Biblia se convierte mayormente en un libro cerrado para nosotros. Pero úsese como llave, y abrirá los ricos tesoros de su enseñanza, "las Escrituras... dan testimonio de mí", Jn. 5:39; y fue mientras Él "les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" a Sus discípulos que "les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras", Lc. 24:27, 45.

El principio de aplicación: "no de la letra, sino del espíritu", 2 Co. 3:6. Lo que se entiende de las Escrituras debe aplicarse en la vida, no simplemente guardando la letra sino guardando su espíritu. Este es el principio por el cual Cristo contendía tan claramente en el Sermón del Monte, donde mostró cómo Él no había venido "para abrogar... sino para cumplir" la ley, al añadir a la letra de sus mandamientos y prohibiciones Su propio mandamiento de observar el espíritu que yace detrás de ellos, Mt. 5:17-48.

Que el Señor nos ayude a seguir el ejemplo de Su propia actitud hacia la Biblia y Su uso de ella, guiándonos hacia una más completa confianza en su verdad, hacia la convicción antes que a las opiniones, y a una reverencia por su espíritu que debe llevarnos a un andar santo con Dios.